

PÁJAROS Y NUBES INSCRITOS EN EL AIRE

Juan Manuel Bonilla Soto



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

PÁJAROS
Y NUBES INSCRITOS
EN EL AIRE

PÁJAROS Y NUBES INSCRITOS EN EL AIRE

Juan Manuel Bonilla Soto



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DE AGUASCALIENTES

PÁJAROS Y NUBES INSCRITOS EN EL AIRE

Primera edición 2026
(versión electrónica)

Universidad Autónoma de Aguascalientes
Av. Universidad 940
Ciudad Universitaria
Aguascalientes, Ags., 20100

Juan Manuel Bonilla Soto

ISBN 978-968-9752-21-9

Hecho en México / *Made in Mexico*



editorial.uaa.mx



libros.uaa.mx



revistas.uaa.mx



libreriavirtual.uaa.mx

*A Ana María, Monis.
A Angélica Girhaldy, porque este año
sus horizontes académicos se amplían
y serán más luminosos.*

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
ALAS PARA SOBREVOLAR UN EQUINOCCIO	19
Pausa	21
Mirlo	22
Estornino	23
Aves migratorias	24
Chanate	26
Gorrión	28
Colibrí	29
Cuervo	30
Otro gorrión	32
Dos pájaros carpinteros se disputan el aire	33
La divina garza	35
Mariposa	37
Muy allá del azul	38
Trinomio	39
Pájaros azules	40
Paloma	42
Pato	44
Libélula azul	45
Petirrojo	46

Vireo	47
Ulula	48
Cabriola tornasol	50

PAUSA PARA DELETREAR EL TIEMPO 51

Café	53
Domingo	54
La leontina del reloj de Don Eduardo	55
Nuestra Señora de la Asunción	56
Péndulo y pedestal	57
Reloj de bolsillo	58
El Ultramar del Teatro Echeverría	59

DEL FIRMAMENTO Y OTRAS CELEBRACIONES 61

Marea alta	63
Igual que el año	64
De esas tardes	65
Anatomía del presentimiento	66
Otros mares	67
Enero	68
Proas	69
Nubes 1	70
Cuarto Creciente	71
Nubes 2	72
Asperita	73
Nubes 3	74
Nubes 4	75
Esta hora	76
Insomnios y naufragios	77
Versiones	78
Crepúsculo 1	79
Oráculo temprano	80

Crepúsculo 2	81
Antes de la tiniebla todo era crepúsculo	82
Estatus	83
Soliloquio del segundo día	84
Polinomio de la tarde	85
Apuntes del crepúsculo	86
Luna de cabañuela	87
Otras notas	88
Una alfombra de vapor para esa odalisca	89
El muerto del cerro contempla otro crepúsculo	90
Noviembre	91
Cuarto menguante	92
El pañuelo púrpura de aquella tarde	93
Pronóstico del tiempo	94
Relámpago espiral	95
Relámpago de vanadio	96
Relámpago tardío	97

PRÓLOGO

INTEGRACIÓN DE LO VOLÁTIL

Benjamín Valdivia

¿*U*an Manuel Bonilla Soto se intriga por el cantar que sobrepasa al ave para fijarse como una pausa dirigida siempre al punto cardinal de lo sensible e incomprensible. Siempre orientado al sonido, como para prescindir del ave material que lo emite (y que tal vez se haya extraviado en su calistenia emplumada), pero dejando siempre la huella espiritual de lo cantado: *solve et coagula*.

Desde el pico del mirlo, la *ornitotarde* se difumina en la *ornitonoche*. La cantidad de ese tiempo imposible recorre la variedad innumerable de las especies e individuos: estornino, chanate, gorrión, colibrí, cuervo, otro gorrión, dos pájaros carpinteros, la divina garza, pájaros azules, paloma, pato, petirrojo, los vi-reos casi verdes y otras pululaciones más delicadas, como la mariposa, la libélula... Cierta prosa se entrevera en el ritmo de una descripción que le da consistencia de *real* a lo que se va presentando. Son *cuentemas*, relatos de hilo poético, hay el pájaro del que “la arquitectura minimalista de su nido es circular y profunda”. La genealogía dudosa se hace presente para adentrarnos en el carácter de otros pájaros que son sorprendidos por los extremos de su desplazamiento geográfico: “Este pato no sabe si es canadiense o mexicano”. ¿Notas ese tono como de alguien que señala y que con el poema pide que miremos? Al

fin se decide que sea canadiense, objetivo, intelectual para los sentidos:

El pato canadiense,
como la paloma mensajera,
ignora el contenido del mensaje que transmite.
Simplemente vuela,
vuela y hace por momentos una pausa
para que podamos contemplarlo.

Además, en otra dirección, las frases se regodean en alusiones culturales: el chanate, “Por su raza hablan las sombras” con alusión al lema de la UNAM, “Su acústica es como la de los Santos óleos” de los templos católicos y “No tiene cuatrocientas voces” en recuerdo del zenzontle de Netzahualcóyotl.

Y, de pronto, como un suspenso universal de detenciones fantásticas, el gorrión, transfigurado, deificado, en una línea sola de ardiente tino y poesía: “Ascuá reposando en el horizonte ardiente de su rama”.

Podríamos seguir el camino de tantas aves que forman la primera sección de este libro; sin embargo, nos llama ahora el deletreo del tiempo, que es la sección intermedia y bien podría dar título a todo: *Pausa para deletrear el tiempo*. Allí, el incensario del péndulo –imagen llamativa por su exactitud– sahúma la fuerza del transcurrir, llevando a esta certeza:

el único lenguaje para asir el tiempo es el silencio
y su encarnación sólo es tangible en el lenguaje del vidente.

Los poemas del tiempo son unos cuantos y nos dejan algunas preguntas. La intuición de que algo está pasando a la historia queda establecida al saber que la medición y el fluir son incontrastables; que lo simbolizado es irresoluble, porque es continuidad de la vida y no hay medida que alcance para todo;

que “Se detuvo el reloj, pero jamás las horas”, y, por lo tanto, “que la perpetuidad hizo una pausa”.

La más extensa y última parte adquiere un dibujo firmamental para pasar mareas altas, nubes, páginas crepusculares, lunas diversas y otras figuras elementarias y terrestres que suponen haber abandonado un poco la errancia del vuelo –como se sitúa al inicio– y aposentarse más en habitar con la mirada: termina al encender tres relámpagos que volveremos a mencionar.

En esas páginas, el animal viviente es desplazado por el paisaje vivo: una especie de prosopopeya que enmascara el tiempo, que aquí vaga de nuevo y nos deja captar volcado en palabras lo que era canto y sonido natural. La percepción del perímetro se confunde frente a magnitudes casi sobrenaturales:

Hay lluvia ígnea de un llanto atemporal que sigue ardiendo
en el perímetro del ojo que la mira.

Esa precipitación pluvial de fuego insiste en conducir lo perimetral en lo periférico:

es la esfera traslúcida que me revela el tránsito hacia la lluvia
de mi periferia.

¿Miras cómo los símbolos se agrupan y entretrejen desde lo inconsciente, siendo esfera ocular, lluvia, revelación y fuego? Todo eso en un tiempo liminar: enero, el crepúsculo. Si bien esos objetos de la sensación padecen desperfectos, el instante verdadero tampoco puede afirmar la perfección, pues “El tiempo real también es impreciso”. La realidad, simbólica y sedienta, sustituye a los seres y los vuelve representaciones de lo que busca ser comprendido: “Una parvada surcó los últimos momentos de este lunes”. Parvada de pájaros, de nubes, de crepúsculos, de tiempo. El referente es el punto límite, no la parvada en sí. Eso lo confirma el grupo de líneas consecuentes:

Basta levantar los ojos
para comprender el corazón inscrito
en el aire vespertino.

En el *Soliloquio del segundo día*, la tensión de lo ligero y lo grave se muestran en trazamientos interiores. Los ingredientes del año “rielan con la rienda suelta” y la voz coloquial se añade al trato formal y se dice “Ándale pues”. Es una ruta que deviene extraña, pues la dispersión del lenguaje se dice multitud de lenguas, aunque sólo sea una. “Mi crepúsculo es polígloto”, se afirma, pero tal atardecer se pronuncia más que se ve.

Frente a tanta objetividad y paisaje, nos preguntamos por la gente, la persona, alguien que contemple lo descrito; o mejor, que acompañe y testifique esa contemplación. Como respuesta plausible, aparece en *Noviembre* la “pirómana de los crepúsculos”. Pero es quizás una nueva interrogante, más que una respuesta:

La noción de ti es combustible,
pirómana de los crepúsculos,
presencia calcinada en este miércoles de otoño,
en este instante sin arrecifes en su insomnio,
sin amarras ni anclas
para detener los nombres que se esfuman como humo,
como respuestas en espera de preguntas.

Ese lirismo crepuscular e interrogativo se resuelve con cierto cinismo y broma al concluir que el paisaje, con sus elementos agrupados, figura un pez cuya sordera proverbial llega a ser motivo de una guasa terminal: “Quise preguntarle si era un salmón nadando a contracielo, / recordé que por tener orejas de pescado no podría escucharme”.

Tres relámpagos destellan al conducir hacia la palabra última del volumen: silencio. Este libro es la demostración de una imaginación gobernada, de una gama temática dirigida por

la voluntad. Sus variantes dialogan y se complementan. Sus ocasionales cambios de expresión añaden especias de mayor aventura a su discurso. Lo que resulta de todo ello es un cúmulo de pájaros y nubes inscritos en el aire.

ALAS
PARA SOBREVOLAR
UN EQUINOCCIO

PAUSA

Ningún punto cardinal podrá nortear el canto de las aves,
su vuelo jamás se desorienta.

Las brújulas de sus picos y de sus alas nunca fallan.
Conocen los puntos cardinales y las coordenadas
en las que caen los pétalos sacrificados de la Rosa de los Vientos,
por eso jamás pierden el trino,
y el rocío de las mañanas es polen cayendo de su cuerpo.

Las aves siempre vuelven al aire después de sus reposos,
sus alas son las manecillas que rigen el tiempo de cielos inasibles.

MIRLO

La idiosincrasia del ave no es su canto ni sus plumas negras:
es su pico.
Ese apéndice es su habla y su alimento;
la profecía de esta ornitotarde en la que el vuelo descansa en
una rama
es la única membresía que el mirlo tiene por futuro.

ESTORNINO

Emerge desde el vientre vegetal que incuba su apariencia
de profecía imprecisa.

La arquitectura minimalista de su nido es circular y profunda,
honda como la estela de los aires que lo esperan.

Una cartografía de grietas en la corteza de su álamo
es la carta astral donde constan los pormenores de sus futuros
vuelos,

pequeños laberintos, rugosos y asimétricos, como una edad
incierta.

Profeta en entredicho, ángel negro de plumaje intacto, fuera de
tu cuerpo

todo es alba, día de cobaltos luminosos y de esmeraldas bulliciosas.
El manto que arropa al estornino es el anverso de ideas immacu-
ladas,

su negro no es luto ni tristeza,

es arraigo a la tierra en horas de silencio, es la noche que lo
ronda a toda hora.

Un firmamento que viene desde el fondo de su entraña
es el cielo nocturno visible a pesar de su vertiginoso vuelo,
cielo constelado en líneas ocres que cierran el ciclo de su vida
en vértices de ángulos agudos simulando puntas de flechas que
no hieren,

sólo iluminan desde la fosforescencia que a veces resulta im-
perceptible.

El estornino es un torrente de agua resbalando por el temporal
que merodea su cuerpo,
que intermite desde la fugacidad de los relámpagos, fragmen-
tos de su signo.

AVES MIGRATORIAS

Este pato no sabe si es canadiense o mexicano.
Palmípedo sin más patria que el agua, sin fronteras
que no estén inscritas en el perímetro del aire.
No sabe que hoy es jueves
ni que eso que le apunta, la cámara desde donde lo veo,
es un arma inofensiva,
que la ráfaga de su metralla
o el disparo del francotirador que la pulsa
no busca aniquilarlo,
sino eternizar su estancia en estos humedales.

Hay quienes lo llaman porrón,
pero ese sustantivo tampoco enturbia
el regocijo de su vuelo
ni altera su reposo en esta rama.
En su perfil se han alineado su corazón, sus ojos y su pico,
como brújula inequívoca,
presagio de una trinidad creíble
que avanza hacia la turbulencia de aguas más grandes y profundas.

La evidencia de su encanto,
la soberbia de su destello mientras vuela
aclimatan sus sueños de ave migratoria
a este destino breve en agua y tiempo,
y en sus alas,
enigma del invierno que transporta,
incuba un pasaporte de regreso.

El pato canadiense,
como la paloma mensajera,
ignora el contenido del mensaje que transmite.
Simplemente vuela,
vuela y hace por momentos una pausa
para que podamos contemplarlo.

CHANATE

Por su raza hablan las sombras,
el mal prestigio de sus plumas y su efervescencia.
Instalado en este lado de la tarde,
mientras levita, grazna,
merodeando el temor de quien se atreve a contemplarlo;
mientras anida en las escuetas ramas
de la periferia, grazna.

Su acústica es como la de los Santos óleos:
primer paso para la Unción de los enfermos,
su canto es equivalente a la oración que se pronuncia para bien
morir.

Desde el estruendo de su trinidad silábica
se erige como patriarca y mártir de una idolatría que
se asocia con la muerte.

Al rojo del poniente lo vinculan con el sueño,
en el margen de su periferia onírica rondan ecos de su canto,
la toda hora de su fama es siempre un mal agüero.

No tiene cuatrocientas voces,
tiene una,
y, cuando chilla, su pico es la trompeta de un heraldo,
cada vez que suena debemos santiguarnos,
aseguran
los santificados.

Pájaro multiplicado en la resonancia de su nombre,
atávico en su membresía,

su color deriva de un conjuro,
casi símil de la azul ala del cuervo.

Su estirpe es la penumbra,
pez con alas incubado en el aire,
delfín de la mañana,
náufrago en la marea creciente del crepúsculo que tiene por
océano.

El chanate carga con la culpa de su onomatopeya
y es, durante algunas horas,
arpegio sin sonido en la rama que silva durante la noche.

GORRIÓN

Ascuá reposando en el horizonte ardiente de su rama,
corazón buscando interpretar el rumbo,
los puntos cardinales de su tarde le revelan que es buena la pausa,
pero es mejor seguir volando.

COLIBRÍ

No es mero artificio la candela de su cuerpo
ni casualidad la estación en que levita.
Dispone de destellos diferentes para cada día de la semana,
siete promesas pronunciadas en su vuelo,
resplandor que alumbra veinticuatro horas continuas.

Esmeralda del instante,
desdibuja su tiempo en aleteos,
estalla en un suspiro transitorio,
epígrafe sin tregua ni reposo.

Mis manos quisieran emularlo,
impregnarse con el polen esparcido
alrededor de toda transparencia.
Su corazón riega el vacío de la mañana
con joyas dispersas en el aire.

Relámpago urdido en la deriva del insomnio,
la superstición que lo acompaña a veces lo destruye.
Guiño tornasol carente de recato,
pronóstico ambulante, trepidación que de lejos nos saluda.
Índigo en el perfil, la ráfaga es su horóscopo,
es un zodiaco de catorce encrucijadas,
un arcoíris duplicado en su arquetipo.

El colibrí es una flama titubeante,
su carne se calcina en cada fuga.
Tres sílabas inciertas que desaparecen
antes de que pueda pronunciarse.
El colibrí es un eco azul en el instante que palpita
en la nada,
justo en medio del insomnio y la vigilia.

CUERVO

Busqué sus ojos las primeras horas de este martes.
El cielo, azul e irreductible,
quería puestas en él todas las miradas.
Con su intensidad creciendo más allá del plumbago
pensé que alguno de sus dioses lo encubría, que no deseaba
que lo viera.
Caminaba yo bajo la sombra de las horas que crecían
en los árboles,
su densidad resultaba insuficiente para contener la luz azul
que se filtraba como si escurriera agua.
Entre las hojas que no me protegían del sol
buscaba sus ojos,
tendría que ser visible la concavidad oscura desde la cual un
cuervo acecha.

Buscaba sus ojos como desagravio
para quienes lo criaron sin saber que morirían.
“Vendrá la muerte y tendrá tus ojos”, dice Cesare Pavese
y asegura que para todos tiene la muerte una mirada,
pero yo no era la muerte.
Yo quería contemplar aquellos ojos,
su semejanza con los ojos que lo criaron,
pero vi sólo una sombra en la copa de ese árbol,
vi su aspecto de cíclope
y supe que era él, rook igual de negro
a otros de su estirpe,
hermano menor del homicida.

Pequeño cuervo, mancha figurativa que pervierte
la reputación del aire,
presagio oscuro,
insidiosa profecía, desplegada o contraída en su impunidad
de alas funestas,
¿cuántos heterónimos caben en tu voracidad antes de
aplacar el prurito que carcome la naturaleza de tu signo?

OTRO GORRIÓN

Trinos de jilgueros
se adueñan de la tarde
en el semidesierto,
la impregnan.

Mi cielo tiene atorado
un gorrión en la garganta,
el eco de su canto es un blues difuminado,
es un crepúsculo pospuesto.

DOS PÁJAROS CARPINTEROS SE DISPUTAN EL AIRE

Dos pájaros carpinteros se contemplan embozados
desde la luz de este domingo a la intemperie.
Su desafío es recíproco,
están situados en medio de la hora de la mañana,
sitiándose uno al otro protegido por un cerco imperceptible.
Los dos quisieran atravesar el fragmento de ese bosque,
desean que esta escaramuza sea invierno,
el filo tenue de su luz para justificarse por el frío.

Se encomiendan a dioses antagónicos,
sus teologías se fincan en la soledad, en sus ecos inaudibles.

El oficio de este día es la contemplación.
Miles de fantasmas encarnan en puntos luminosos,
hasta ser legión, una barrera que interpone su maldad de espejismo.
Ellos mismos, pájaros carpinteros aclimatados al contorno del paisaje,
son otros de los fantasmas porque la simetría rugosa del tronco del árbol que eligieron para perforar su nido no refleja el ámbito de su sombra.
El bulto negro que titubea en cada movimiento como si fuera ubicuo o inestable,
mira cómo el entorno se plaga de ojos blancos y amarillos que traspusieron la trampa de la fronda.

Alguna forma de demencia se adueñó del tiempo esta mañana.
Centinela erguido en los crestones del asombro,
el ave deletrea los rasgos de esa caligrafía forestal
que no comprende,
tal vez se trate de códigos no previstos en el caleidoscopio
que ahora los rodean.

El carpintero es un pájaro que atraviesa los confines de la bruma,
mira de reojo las siluetas de sombras huyendo del fuego de la pira,
este pájaro dominical parece feliz emergiendo de la niebla,
como fénix no catalogado.
Es un pez sin culpa cruzando océanos de aire transparente,
mares sublevados que flotan como banderas de copal extinto.

Los dos pájaros que se miran saben que el aire es infinito,
saben que el ojo de la aguja tiene suficiente espacio
para que ambos se rediman.
Vuelan en direcciones opuestas dentro del mismo aire,
es domingo y es temprano,
los miles de ojos que se suman a sus dos pares de ojos
se separan mientras ellos dos los atraviesan,
igual que el profeta cuando logró que el mar retrocediera
y el éxodo de su vuelo ya no admite intermitencias.

LA DIVINA GARZA

Emergido de la sombra,
del pretérito acotado a medio día,
el grito es un resplandor sobreviviendo
a las restricciones de algunos albedríos.

El silencio,
una virgulilla suspendida en el aire mientras sueña
con encontrar un horizonte de palabras
y descansar ahí su fonética de luz.

Destello,
relámpago aclimatado al diámetro sorpresivo
de este tránsito,
en su apariencia de arraigo.
La luz, escalofrío sin voz,
es una promesa que también se va.

Serpiente consagrada a merodear la calma,
la garza es la encrucijada
donde se fragmenta la tranquilidad,
la campana de un reloj
donde se bifurca el tiempo.

Profecía vertiginosa,
esta ave es una ráfaga disuelta ante mis ojos
que juraban haberlo visto casi todo.
Es un milagro inesperado
ante la intransigencia del invierno.

Ronda la luz, deambula por la sombra,
luna perfilada en el rumbo de un graznido que reposa,
luna que se desgarrar al iniciar el vuelo
y dibuja ondas de agua en la penumbra del instante.

La garza es también una convergencia de azúcar,
nieve y nube que se mueve muy despacio.

Soy otro de los rostros de la garza,
una contracción que espera ver de nuevo el ojo
amarillo de esa ave
acuñado con paciencia desde el oro del asombro.

MARIPOSA

No es pájaro en el más convencional de los sentidos,
mas el dúo de sus alas
se desliza por el aire como alfabeto silencioso
dictando mensajes encriptados mientras se escabulle.

Sus alas, en el reposo de la libación,
erigen la V de la victoria
y en sus vocativos recortan la ventana de su cielo
con el ángulo agudo de sus pausas;

incrustado con trozos de azafrán y de jengibre,
su aleteo, hipnótico y adictivo, es el pañuelo de un adiós
que siempre duele.

MUY ALLÁ DEL AZUL

Detrás del aire no hay vacío,
acaso un pedazo invicto de nuestro desierto,
la aridez interna que incinera nuestro cuerpo.
Detrás del aire hay una vida sin abrevaderos.

No hay vacío,
hay canto
y antes hubo aves,
gargantas que han solfeado
cientos de años y efemérides de partituras.

Cuando el eco cese,
detrás del aire tampoco encontraré vacío,
sólo una incógnita que adquirirá nueva forma
en mis palabras:
habrá otro modo de cielo, muy allá de este azul
que ahora contemplamos.

TRINOMIO

Breve fusión de carne,
sombra y apariencia.

Tríptico de agua,
reflejo soluble,
factores inestables
tres veces impredecibles.

Una vez que el ave
alce el vuelo,
la incógnita y el trino,
monomios arbitrarios,
serán una ecuación irresoluble,
otro polinomio a la deriva.

PÁJAROS AZULES

A esta hora hay pájaros azules volando en otros cielos,
aves raras, exóticas y hermosas.

Los existen monocromos,
ésos llevan sus matices al extremo.

Hay nidos en los que florecen pétalos azules
y luego se dispersan, diáspora de
dientes de león teñidos en azul ultramarino.
Frente a mi delirio parvan hordas de cobalto,
esculturas fugaces que hacen cabriolas con tonalidades
inasibles.

Vertebrados todos, me gustaría saber
si algunos son de ojos
azules,
si la sangre que los anima pertenece a la realeza.

Conozco algunos por su nombre,
pero nunca me he complacido con su canto,
el Prusia de sus alas no figura en mi catálogo
de enero.

Los pájaros azules se diluyen en el aire,
se incrustan en mis ojos que contemplan su ausencia.
Habitan en los cromos que coleccioné de niño;
son muy fieles, han estado ahí por más
de medio siglo.

Los pájaros azules son una intensidad que arde
muy adentro de mis ojos,
un azul a punto de escurrir como si fuera sal hirviendo
o lágrimas de regocijo.

No encontrar el ave,
sino la ausencia desnuda del deseo,
ver el cielo huérfano de plumas, partitura sin bemoles,
la torre de una catedral, su campanario sin iluminación festiva,
ni trinos, píos o fanfarrias.

Esas aves, las que aún no he visto,
son acaso el sonido que merodea este poema,
el eco de mi espera.

PALOMA

Era tanta la bondad de la parvada,
o eso se creía,
que la erigieron como símbolo de paz:
¡Oh, la blancura de sus alas!
Aunque también
las hay de otros colores (*ya no juegues con mi honra parrandera...*),
producto de la mezcla de sus apetitos insaciables.

Algunas
en su cuello tornasol llevan la sentencia de la horca,
un anillo de plumas que nos distrae de otros cortejos.
Desde el zureo que emiten parece que nos llaman
a la caricia,
“currúcateaquí-currúcateaquí”,
emulaban las señoras de antes cuando las oían
gorjear.

No construyen nidos espectaculares,
su arquitectura es menos áspera que otras,
menos simétrica y menos lúdica.
Les bastan unas plumas y pequeñas ramas
que dejan caer como si nada
en los recovecos de algunos balcones,
en azoteas a las que nadie sube,
ahí encuentran ángulos propicios para multiplicarse.
Alguna vez pude ver como de la terraza de mi vecino
salían más palomas que cartas de la oficina postal.

Son el prototipo de ave urbana,
se han adueñado de todos los espacios,
una mancha que se mueve de manera efervescente
cuando vuelan en parvada,
o como misiles infalibles de una en una.

Algunas ciudades han implementado programas para
aniquilarlas,
a las casas han llevado gatos para que las devoren,
las dos iniciativas fracasaron.
Ni siquiera las plegarias del capellán
han librado a las catedrales de su presencia corrosiva.

Su cuello tiene una articulación de trescientos sesenta grados,
su ojo está provisto con un gran angular
para mirar hacia todas partes de manera simultánea;
tal vez esa vigilia explica en algo su inmortalidad.

Pobres de ellas,
“se han convertido en una plaga”, “ratas con alas”
son algunos epítetos con los que se les nombra.
Su estampida siempre anda a ras de la sobrevivencia.
Su “silbido de alas”, su sistema natural de alarma,
la vibración de sus plumas especiales, me remite a un tango
interpretado en italiano,
en alguna lengua de Liguria que nunca se recuperó
de la tristeza.

Esa melodía se quedó atorada en mi garganta
como un dialecto adriático
u otro menos festivo,
de los que se extinguen como la antigua bondad
y buen prestigio de las palomas.

PATO

Desde su ecosistema de alas,
“tocan alarma / en su trompeta de barro”.
Las fronteras del arraigo fulminan su rigor y multiplican su policromía.
En esta dispersión, el canadiense es una sombra iridiscente que flota muy al sur de sus costumbres.

Celebra las bondades de este río apócrifo arqueándose,
a ratos se desliza al frente de la estela que lo sigue,
o se asolea con las alas extendidas como si abrazara algo.
Se eriza en la curva del instante mientras no vuela
y hasta parece que sonríe, palmípedo,
desde el equilibrio de sus tarsos y su cuello.

LIBÉLULA AZUL

Miro sus ojos y veo que ella me ve.
Desde ahí me contemplo y descubro qué no sé.
La duda comienza cuando el color se trenza,
cuando la luz difumina lo que era verdad.

La certeza de su cuerpo es un signo de admiración,
una línea que abrevia su longitud.
El tiempo mezcla sus grietas, teje mi desvarío
y yo, extraviado, sigo las líneas del laberinto forestal;
las veo y quiero saber si, además de la intemperie
y el vacío, también alguien me ve.

PETIRROJO

¿En qué momento se aparea esta especie?
Pequeño y solitario, *vuelasolo*,
ningún obstáculo detiene la proeza de su vuelo.
Cuando lo hace, contempla el vacío que lo circunda,
se congela con discreción en ese instante,
deja constancia del antifaz que nace de sus ojos,
pequeñas noches, horizontes de fuego al negro vivo.

Pieza de un rompecabezas,
fragmento de un incendio itinerante,
ascua adherida al lienzo inmóvil de la tarde,
se balancea en la fragilidad de la rama
como estrella escarlata y conmemorativa
en una bandera que hace tiempo declinó su gracia a favor de
una quietud
que ningún otro blasón soportaría.

VIREO

Desde una voz que se disgrega, ese pájaro me llama.
Pío, trino o gorjeo, coro de signos indescifrables,
su voz, insistente, me guía hacia la nada de su canto.
Mis ojos se extravían en la maraña donde habita,
quiero contemplarlo antes de que enero se consuma,
antes de que su voz, augurio nacido entre relámpagos, desaparezca.
Lo busco,
mis ojos y mi oído se enraman en su invernadero.

Sé que es un pájaro con tintes amarillos,
he visto volar su sombra y su eco me atrae hacia esa encrucijada.
¿Será que en cada pío deja una clave para que
descubra su trino entre las ramas grises del mezquite?

Antes de que lo identifique se hace cielo,
meteoro,
la luz azul en el vacío que crece entre nosotros;
se convierte en hoja, amarilla o verde, antes de que yo lo vea.
Tal vez las coordenadas que me permiten contemplarlo
habitan en su carne y en su canto.
¿Será este pájaro amarillo una deidad que abreva el vértigo de
sus incógnitas?
¿Necesito,
para verlo,
unos ojos diferentes más allá del cristal de mis anteojos?
¿Me bastaría su canto para inscribirlo como uno más entre los
pájaros de enero?

ULULA

Para una iconografía de la lechuza

*(Búho) infausto mensajero de las desgracias futuras y presagio funesto
para los mortales...
ave execrable
Ovidio*

*Si oímos el canto de la lechuza, bien haremos en temer algo
Menendro*

Podría, impulsado por la culpa o por la pena,
llamarlo búho.

Eso llenaría de alcurnia mis palabras,
y quienes me vieran pronunciando esa premisa
contemplarían cómo ondea mi toga negra,
simulacro de la noche que lo cubre todo.

Yo podría sentir que mi birrete,
igual de oscuro que la toga y la reputación
de esta ave,
es una tiniebla amable.

Podría llamarlo así, pero no quiero.

Suena más sombrío *tecolote*, a cortejo fúnebre.
De llamarlo así, la atención caería en el diámetro
de sus ojos que, dicen, sólo cierran durante el día.
Sus ojos cristalinos, espejos inestables de agua turbia.
El perímetro hertziano de esas cuencas insinuaría
que el pájaro se fue de fiesta,
eso no es conveniente para su fama de ave sombría
y aburrida.

Lechuza, fue la primera referencia que de ella tuve.
Cuando la invocaban los mayores,
mi cuerpo se llenaba de un escalofrío incomprensible
y también, sin conocer la causa,
mi infancia era víctima del miedo.
¿Además de esa perturbación, qué otra gracia tiene esta ave?
Animal impuro, pájaro desobediente,
víctima mutilada por las hormigas arrieras;
despojado de una parte de su cola y de sus alas
viven mucho tiempo mudas, no pueden pronunciar palabra
porque su boca, hendida desde el desacato,
fue rasgada por los señores del inframundo maya.
Ante la inminencia del mal augurio, cuando su chillido
se adueña de la noche, en el techo de alguna casa
o en la rama de algún árbol cercano,
queriendo minimizar la mala fortuna que anuncia, es injuriada
con obscenidades tan infames como sus graznidos.

Acompañante de Yaotequihua, dios guerrero de los difuntos,
suele extraer el alma de los recién muertos y convertirlos
en fantasmas, como fantasma es ella en este aviario diurno.
Ulula, nada más la invocación te hace visible.
Sustantivo tal como lo escribo, nombre que por desconocimiento
o superstición pocos pronuncian.
No todos conocen el resoplido de tu grito,
pocos se han estremecido al escuchar la encarnación de tus
lamentos,
el verbo de tus profecías malignas cuando ululas.
Ornitólogo dispuesto a la sorpresa, al descubrimiento,
agradecido con la coloración del vuelo de las aves que conozco,
al igual que a los pájaros azules a las que tampoco he visto;
te incluyo en este cielo con la misma invocación
que al azul de toluidina, ése que después de rutilar, también
desaparece.

CABRIOLA TORNASOL

Relámpago sin reposo
visión iridiscente,
un colibrí en el aire
es un veloz meteoro.

Si el colibrí no vuela,
¿sigue siendo colibrí?


Cuando lo hace,
suspiro inasible,
cabriola tornasol,
impregna el aire,
lo ilumina y es fugaz.

Cuando reposa,
contempla y se deja contemplar.
El colibrí perchado en una rama
es un corazón que deja de latir.

Cuando el colibrí no vuela,
¿sigue siendo colibrí?

PAUSA
PARA DELETREAR
EL TIEMPO

CAFÉ

n su densidad de noche
palpitan sílabas predichas
con ímpetu distinto.

Las olas que desatan cada sorbo
llevan un salvoconducto
para liberarnos del naufragio.

En la dársena que lo contiene
hay una profecía disuelta
esperando convertirse en beso.

DOMINGO

Hay domingos que mutan en color,
su temperamento resuena en horizonte, en flor,
efigie sobrepuesta a otra realidad.
Hay días de corola azul que erigen,
amarillo, su color dominical.

LA LEONTINA DEL RELOJ DE DON EDUARDO

El horario de verano es una serpiente articulada en alpaca y luz.
Es una forma de morder agazapada en horas que ayer fueron
amables.

De un mordisco le arrancó un fragmento al sueño.
El tiempo es el vapor que viaja en alas de oropéndola
para no caer en la tentación de una leontina;
sabe muy bien que ese brillo articulado
es una cuerda que tal vez muerda y lo pueda ahorcar.

NUESTRA SEÑORA DE LA ASUNCIÓN

Los relojes de sus torres marcan las dieciséis menos diez.
Es el tiempo de la fe en la parroquia del lugar.
Es un dogma imposible de contradecir.

La devoción es más azul que a la hora del cenit,
mi *smartwatch* no tenía objeción
porque la primavera de ese cielo florecía.

Cantera y fragua se funden a esa hora del santoral.
Dos relojes forjados en una complicidad que sigue caminando
a la par,
tiempo paralelo, pero no tiempo par.
En los dos faltaban diez para las cuatro,
el aire de Lagos de Moreno es evocativo y estacional.

PÉNDULO Y PEDESTAL

Incensario de otra dinastía, este péndulo oscila y sahúma el medio día de mi visita.

Preso en la verticalidad de su madera oscura, pende de una correa que parece abatida, pero no cesa en su precisión.

Los relojes son el testimonio de realidades múltiples, sus tiempos son parvadas con vuelos anacrónicos, son alas que no caben en el pedestal que las enmarca.

El péndulo creciente de este reloj sin dinastía corteja en su vaivén la gracia del instante, en su fugacidad, en su errancia de metal sonriéndole al vacío, lo seduce todo el tiempo y lo eterniza.

La esquizofrenia colectiva, reclinada en la divergencia de sus convicciones testifican, silenciosamente y de buena fe, lo inasible de la absolutez. Consulté, también de hinojos, mi brújula, me señaló un camino que se esfuma tras mis pasos; el único lenguaje para asir el tiempo es el silencio y su encarnación sólo es tangible en el lenguaje del vidente.

RELOJ DE BOLSILLO

Fiel de la balanza,
desde el vértice de su limbo,
el reloj de bolsillo juega al equilibrio
con las mitologías
que penden de sus horas.

EL ULTRAMAR DEL TEATRO ECHEVERRÍA

Se detuvo el reloj, pero jamás las horas.
Tiempo luminoso en otro tiempo,
el óxido de viejas glorias y el eco del aplauso
imperan todavía.
No es el ayer lo que quedó pendiente
ni que el minuto diecinueve pasando de las tres
quedara inmóvil, sólo fue
que la perpetuidad hizo una pausa.

El cielo con sus nubes,
Cronos de otro temporal,
intermite más allá de la gayola.
La cantera sostiene un tiempo derrotado,
el ojo se alza como inquisidor
y la interrogación germina, concluye:
el reloj es una fábula del tiempo,
un capricho de la vanidad que muere.
Con fecha de caducidad a corto plazo
y el Ultramar del teatro ya inactivo,
ese pronóstico de frivolidad mortuoria
se ha consumado.

DEL
FIRMAMENTO
Y OTRAS
CELEBRACIONES

MAREA ALTA

*H*ay otras fronteras en el aire,
alas delineando el cielo,
aves pronunciando el eco
de antiguas tempestades.

Golfos iluminados por impulsos,
mareas elevándose
como clamores, infinitas.

Azules parecidos a nosotros,
esperas que nos crecen muy adentro,
encuentros que exigen cumplimiento,
voluntades que apresuren su disposición
o la declinen.

IGUAL QUE EL AÑO

Un sol minúsculo quedó atrás de una barca que encalló sin
mascarón de proa.

Sol a punto de extinguirse, tal como las aguas lo hicieron antes.
Sol de breña seca extendido en el recuerdo de mareas antiguas
y una barca que,
resignada, se aferra a un ancla que también se ha desvanecido.

DE ESAS TARDES

Hay tardes con estirpe de tornado.
En sus entrañas bullen pájaros.
Su sueño es un sueño mío fragmentado
y hecho diáspora.
Hay tardes que se escapan como estruendo,
nombres que son, como ese sueño mío, diáspora y parvan.
No son muchas, pero, en verdad os digo, las hay.

ANATOMÍA DEL PRESENTIMIENTO

Se apropió del horizonte.
Amaneció en mi paisaje de domingo,
es un espíritu que reencarnó en este hilacho,
su murmullo proviene de otro sueño.

Viva Anatomía del presentimiento,
adquiere vida propia cuando lo nombro;
imperá ahí, en el filo de una luz que se desliza en pausas.

OTROS MARES

El cielo es otra máscara del mar,
un espejo que refleja momentos apacibles.

Sus habitantes son una estirpe abandonada a su suerte,
una dinastía de náufragos que lanzan mensajes
en botellas tan añejas como el ron que consumen,
mientras se fermenta su paciencia.

Siguen vivos en su limbo,
no abandonan la esperanza,
aunque nunca haya quien responda a sus llamados.

ENERO

En el fuego de esta hora, en lo más intenso de su entraña, hubo agua.

Rescaldos ocres, eco de diluvio.

En esa flama disgregándose, hubo agua.

Hay lluvia ígnea de un llanto atemporal que sigue ardiendo en el perímetro del ojo que la mira.

A enero algo le duele...

PROAS

En alguna de esas proas
lleva la tarde inscrito el fuego
de tu nombre.
Paloma, abecedario,
lengua reducida a gentilicios,
mascarón esculpido en los cinceles
de la tarde,
en el tajamar haciéndose añicos muy arriba
de las islas,
nombre derivado del védico antes del naufragio,
multiplicado como eco en el filo
del acantilado,
rompiéndose como ola
en el instante de los arrecifes.

Tu nombre, el que memoricé un año
en que el otoño fue distinto;
ese que pronunciaba en medio de la bruma,
el que escribí con letra palmer en papel fabriano,
el que hoy es acertijo en esa encrucijada
donde la tarde ha perdido sus timones.
Tu nombre, que navega como mascarón
en alguna de esas proas,
es el mismo nombre del que ya no recuerdo el nombre.

NUBES 1

Se alternan.
Se sobreponen.
Se relevan.
Son la pesadilla y son el sueño.

Precipicio y vértigo.
Prueban suerte.
Sesgan lo que fue la oscuridad del cuerpo,
la noche de sus estaciones.
Cirrostratos en el medio día del cielo
ante el que enero capitula.

Náufragos en el azul del lunes
encarnan el vapor de otros fantasmas.

No hay Dédalos en este simulacro,
sólo un mar que se refleja en lo alto
y enero es el mes pródigo
que siempre quiere irse.

Hoy fue, otra vez, su hora.

CUARTO CRECIENTE

Mi noche es un futuro iluminado en berilio y cuarzo,
su diámetro es el signo, la profecía.
Es el oráculo cumpliéndose en el crepúsculo de hoy,
es la esfera traslúcida que me revela el tránsito hacia la lluvia
de mi periferia.
Mi noche descansa en su peana semicircular,
luna creciente anegada en agua y luz.

NUBES 2

Enero instala su fugaz imperio.
Hembra pelirroja con mechas calcinantes,
filón de helio para transitar por ese bucle de su tiempo.

Estigma sin barca ni Caronte,
enero es el infierno, es la Estigia.

A enero, lo sabemos, algo le duele.

ASPERITA

Fuego y cielo delimitan el sueño,
jamás se engullen, nunca se calcinan.

Sueño y fuego son magia del instante,
cielo y sueño se incrustan uno en otro.

Atmósfera volcánica,
el cielo empalma sus palabras profecías,

cielo, fuego y sueño,
mar sin potestad, bandera ondeando, horizonte rojo.

NUBES 3

Ese pez espada, obeso y extraviado,
confundió el mar con el cielo
y el cardumen con el follaje.

Piensa que nada. Ignora que flota.
Qué seductor resulta, a veces,
no saber nada de nado.

NUBES 4

“Sin mancharse, cruzan el pantano”.
Como interrogación lleva ésta,
en su cuello de origami, los signos de un secreto.

Ahora flota, se desliza y se transforma.
Ese espectro mitológico más tarde lloverá,
se dejará sentir en forma de agua.

ESTA HORA

El tiempo real también es impreciso
y aparente.

La tarde es un presagio,
sangre hirviendo fuera de su cauce.

Espejo de acantilados relativos,
este pedazo de cielo,
carne carcomiéndose por dentro,
mirándome siempre sin que yo pueda intuirlo.
Estos mares calcinados en delirios previos
tal vez sean el aspecto definitivo de alguien,
su rostro más creíble,
la ficción que espera el indulto a sus renunciadas.

El fuego es la apariencia de otros sueños,
ese infierno que es un mar aclimatado
al consuelo de la mentira repetida siempre.

El tiempo es la única mentira que no es,
la que se consume en su delirio de siempre estar siendo.

INSOMNIOS Y NAUFRAGIOS

El sueño es una vigilia que siempre posponemos,
un destello en el efímero umbral de otro sueño.
Tal vez lo hacemos desde el presentimiento
que cualquier sueño puede ser usado en contra nuestra.
Por eso el náufrago no sueña,
o sueña que el náufrago no es él, sino su sueño...

VERSIONES

Un torbellino de fuego y emociones, describió una de mis amigas.

¿Es un avión que se viene quemando?, preguntó otro.

Es un caracol que se fragmenta, afirmó uno más.

Todo eso, tal vez más, pensé yo.

CREPÚSCULO 1

El crepúsculo ruge,
efigie de pantera o león,
decanta su melodía ardiente
frente a mí.

Su resplandor
es un fuego que el viento
no se lleva.

ORÁCULO TEMPRANO

Púrpura el zodiaco de hoy.
Nube constelada en ti,
el oráculo de viernes dice sí,
en esa luz.
En ti, plenamente soy.

CREPÚSCULO 2

Una parvada surcó los últimos momentos de este lunes.
Yo estaba solo y pude contemplar
el viento negro de su taquicardia.
Nubes apresuradas pronunciaron algo
en el bullicio de su vuelo:
trinos que no hemos entendido.

Basta levantar los ojos
para comprender el corazón inscrito
en el aire vespertino.
Desde él nos hablan,
todo consta en su algarabía,
en su cielo hecho jirones.

ANTES DE LA TINIEBLA TODO ERA CREPÚSCULO

Tengo demasiada sed a esta hora,
me abrasa, carcome mi paciencia y mi temple.

Pero me queda algo de suerte.

El cielo de esta tarde me abraza,
hidrata mi vista, me redime.

ESTATUS

Uno piensa que es el naufrago, pero en realidad es el naufragio.
Esta es la noche que gana terreno a un incendio que se empieza
a apaciguar;
en ella, uno es el miedo de encontrarse solo en medio de la nada,
la sed que lo agobia en la intemperie y la orfandad.
Uno es la isla que nos niega en cada pesadilla,
o el remanso cuando el sueño es apacible,
también el agua que resbala en la hendidura
que la deshidratación nos deja.

Uno es el naufrago y el mar: es la isla.
Es la sed y el agua, la intemperie y la orfandad.
Uno es.

SOLILOQUIO DEL SEGUNDO DÍA

Este cielo incuba un nuevo año.
Los ingredientes carecen todavía de nombre,
pero ya flotan o rielan con la rienda suelta,
si ascienden o descienden, poco importa,
o como usted prefiera.

Tal vez se trate de figuraciones demasiado mías
o fragmentos de un pensamiento que él mismo se está pensando,
o que nada más contempla la sorpresa desde la que lo veo.

Pero es verdad que el año anda,
carece todavía de nombre y rumbo, es cierto,
sin prejuicio anda, sólo anda.
También ándale usted,
camine por su propio rumbo y nómbrelo,
diga cómo le gustaría que fuera.

Ándale pues.

POLINOMIO DE LA TARDE

Mi crepúsculo es polígloto.
Sus lenguas son de fuego,
de vapor, de aire y de agua.
Cada uno pronuncia los sintagmas
que lo configuran,
polinomio de la tarde,
ardentía sin el menor prejuicio
flota ante mi azoro,
reverbera, se multiplica,
se mimetiza y se convierte en noche.

APUNTES DEL CREPÚSCULO

En su tránsito de gestación,
los crepúsculos son, momentáneamente,
estrellas hechas polvo y flotan como alfombra persa
en lo más azul del aire.

Son el hemisferio visible de lo más oscuro de la noche,
transcriben en taquigrafía irregular
su genealogía de espuma y mar.

El crepúsculo que ya se forma a esta hora
es la adolescencia de un cielo sin estrellas todavía.
Es fuego y oro y miel que oculta el esplendor de su arrebató
con prendas de cobalto.

El cielo azul es un crepúsculo dispuesto a desnudar
su esencia verdadera.

LUNA DE CABAÑUELA

Náufrago en océano intempestivo,
la luna de esta cabañuela
tiñe de plúmbago mi deseo.

En el cielo de la tarde,
oro y grana al otro extremo,
no visible en este plano,
está un crepúsculo que,
candente,
se despide.

OTRAS NOTAS

Con su rostro mutante,
el temperamento de este día
transita de la plata al oro.

El cielo, laborioso,
prepara un crepúsculo para la tarde.
Esperemos ese cofre del tesoro.

UNA ALFOMBRA DE VAPOR PARA ESA ODALISCA

No es el crepúsculo,
es su reflejo,
es el espejo donde su espíritu
se contempla, se multiplica y asciende.

No es el crepúsculo,
son sus palabras, su coro.
Es la novedad con que sus ojos se miran,
la sorpresa con la que su corazón se escucha.

Viéndolo bien, sí es el crepúsculo,
sólo que está del otro lado,
contemplando la danza de su eco.

Es el crepúsculo y sus diversas lenguas,
es la odalisca de oriente
saliendo del ritmo y la costumbre,
es el deseo nombrado desde el coral
de otras lenguas.

EL MUERTO DEL CERRO CONTEMPLA OTRO CREPÚSCULO

Es la muerte el aderezo de la tarde,
la distopía en la que bulle su imagen dentro del espejo,
¿cuál de ellas se encuentra afuera
y cuál es el reloj que escurre como miel exacta?

El muerto, recostado en lo que resta de este día, contempla,
sereno y complacido, que las horas mueren.

El viento pausa sus monólogos,
mira cómo cabalga el tiempo,
jinete de mi apocalipsis diario,
caballo desbocado frente al miércoles de mi crepúsculo.

Yo soy su recíproco,
lamento llegar en este instante
que ya no pertenece a las luciérnagas.
Quiero gritar esa textura y sus colores,
pero mis zapatos, húmedos de lluvia de otra noche,
no me lo permiten.
Un estruendo iluminado en oro
prefigura frente a mi arrebató
recuerdos de hace mucho tiempo.

NOVIEMBRE

Noviembre abrevia su corola y abre su misterio,
mi sangre es el flujo de una brasa
que se multiplica en aves y ascuas,
mi sangre es un río que mientras flota, arde.

¿Seré náufrago en esta ebullición
que parece la prolongación de un sueño?
¿Seré ese náufrago, la isla o el océano?
¿Seré el crepúsculo que vi esta tarde
en la que no flotaba ni una sola barca?

El crepúsculo es un limbo en el que no hay bosques
visibles para que anide tanta ala.

Estoy perdiendo la noción de mí,
de las horas y de algunos laberintos
perdidos también,
en la trampa de alguna tarde.

La noción de ti es combustible,
pirómana de los crepúsculos,
presencia calcinada en este miércoles de otoño,
en este instante sin arrecifes en su insomnio,
sin amarras ni anclas
para detener los nombres que se esfuman como humo,
como respuestas en espera de preguntas.

CUARTO MENGUANTE

Muy al fondo de ellos también hay acertijos
iluminados con sangre de soles moribundos.
Sus constelaciones, menguantes y voluntariosas
son agua y son prodigio:
son sed queriendo apaciguarse.

EL PAÑUELO PÚRPURA DE AQUELLA TARDE

Las horas de esta tarde
me trajeron el recuerdo del pañuelo púrpura
que esgrimiste la tarde de aquel otro lunes.

La memoria hermana los crepúsculos,
el de entonces y el de ahora que,
igual que tú,
son barcas alejándose sin anclas,
sin memoria.

PRONÓSTICO DEL TIEMPO

El pronóstico del tiempo aseguró que hoy llovería
y salí a esperar la lluvia.

Un viento con polvo, mucho polvo, desmintió
la aseveración.

Decidí buscar un crepúsculo digno de ti y de este martes,
pero el poniente me lo negó.

Queriendo componer el cuadro, en el oriente apareció
un pez dorado.

Quise preguntarle si era un salmón nadando a contracielo,
recordé que por tener orejas de pescado no podría escucharme.

RELÁMPAGO ESPIRAL

Antropófago de sí,
el fuego,
carcome el margen de su fragua.

Se arremolina,
se laberinta,
se incendia en cada pasadizo,
calcina el mapa con las claves de salida.

El fuego se minotaura,
se aclimata y se ariadna.
Se bicroma y se oblicua,
se sulfata y clorura el borde de su estroncio.

El fuego se quema, relámpago espiral
de alguna tarde,
su arteria rutila, se desangra.

RELÁMPAGO DE VANADIO

Capoteando el pronóstico, que no era buen augurio,
la noche deshace el nudo que la asfixia
y el profeta chasquea el látigo de sus rencores.

Horizonte en llamas,
la serpiente de fuego que hace rato era la tarde
se arquea frente a mis ojos
y desanda el arquetipo al que llamamos tiempo.

La intemperie repta el filo de su margen
y la órbita renuncia al mito:
los cantos de la alondra se extinguen
antes de que los escuches,
y el polen y la fragancia enervante de la tuberosa
que debió llegar a tu florero
se esfuma como la ceniza de una carta quemada
antes de llegar a su destinatario.

RELÁMPAGO TARDÍO

Los crepúsculos son espejos
de todos los infiernos que llevamos dentro.
Su estandarte,
relámpago tardío, furia en reposo,
ascua iluminada por abecedarios ígneos,
resplandor cruzando algún dintel inesperado,
ola suspendida en los océanos de la tarde,
piel de tigre disuelta en oro y uva,
múltiples como fuego que se expande,
líquidos como la luz de sus cristales:
oscuridad cuando mi soliloquio es silencio.

PÁJAROS
Y NUBES INSCRITOS
EN EL AIRE

Primera edición 2026
(versión electrónica)

El cuidado y diseño de la edición estuvieron
a cargo del Departamento Editorial
de la Dirección General de Difusión y Vinculación
de la Universidad Autónoma de Aguascalientes.